



LA GUERRILLA ANTIFRANQUISTA
EN LA PROVINCIA DE CIUDAD REAL

Francisco ALIA MIRANDA

LA GUERRILLA ANTIFRANQUISTA EN LA PROVINCIA DE CIUDAD REAL (*)

Francisco ALIA MIRANDA

Señor Director, señores Consejeros, señoras, señores:

El tema de nuestro discurso de ingreso en esta entrañable Institución, a la que me honro en pertenecer a partir de estos momentos, es uno de los episodios de más triste recuerdo de la reciente historia de España: la Guerra Civil. Y es que, en realidad, ésta no terminó en la fecha que llevaba el último parte firmado por el general Franco, el primero de abril de 1939. Como algo más tarde comentara el general De Gaulle ante el Alcázar de Toledo, «todas las guerras son malas porque simbolizan el fracaso de toda política. Pero las guerras civiles, en que en ambas trincheras hay hermanos, son imperdonables porque la paz no nace cuando la guerra termina».

Efectivamente. La paz no nació cuando oficialmente se dio por terminada la guerra española. Pero esto no se sabría hasta mucho más tarde. De la «otra» guerra no se diría nada durante largo tiempo, porque no había que perturbar el sueño de los satisfechos, ni alentar las ansias de los descontentos.

En los últimos días de marzo de 1939, las tropas nacionales penetraron en la provincia de Ciudad Real sin encontrar ningún tipo de resistencia. Su marcha triunfal fue acompañada de encarcelamientos masivos, a los que días y meses después se sumaron los de las nuevas autoridades. Las prisiones existentes se mostraron totalmente insuficientes, por lo que hubo que habilitar toda clase de edificios y locales. Aún con todo, el hacinamiento fue algo común en todas ellas. La Prisión Provincial, con capacidad para unos pocos cientos de personas, llegó a albergar diariamente hasta 1943 a una cantidad en torno a los 1.300-2.300 detenidos. En esas condiciones, no es difícil imaginar la dureza de la vida penitenciaria de la posguerra. Una muestra nos la proporciona Manuel Altozano, al describirnos un convento de monjas de Valdepeñas, habilitado como prisión, en el que pasó unos meses:

«A la entrada, una sala a la derecha y otra a la izquierda. La primera y la segunda le llamaban.

(*) Discurso de ingreso en el Instituto de Estudios Manchegos. Ciudad Real, 27 de enero de 1989.

Mi hermano y yo estuvimos en las dos y las dos eran iguales. No disponían de la más elemental instalación de agua corriente.

Los retretes de estas dos salas consistían en un barranco que hicieron en un rincón y allí teníamos que hacer nuestras necesidades a la vista de todos.

En cada una de estas habitaciones cabrían a lo sumo 20 hombres y llegamos a estar en cada una hasta 120.

Cuando traían alguna expedición nueva, abrían la puerta les empujaban y les decían: apaños ahí como podáis. "perros".

Los olores que allí había eran inaguantables, hasta nos lloraban los ojos. Lo que no me explico es cómo no salimos ciegos y tuberculosos de aquel lugar inmundo. Yo creo que las criaturas humanas aguantamos más que las bestias en algunas ocasiones.

Respirábamos un poco —termina recordando Manuel Altozano en su libro autobiográfico— la mañana que nos tocaba salir al patio a lavarnos las manos y la cara. Esto lo hacían dos veces en semana. Nos sacaban de diez en diez y estábamos estrictamente el tiempo que tardábamos en lavarnos en un grifo de agua corriente» (1).

De la gran cantidad de detenidos por todo el territorio provincial, muchos fueron fusilados entre abril de 1939 y noviembre de 1944, la mayoría tras consejo de guerra que condenaba a las víctimas de acuerdo con la legislación vigente, la Ley de Responsabilidades Políticas de 9 de febrero de 1939. Solamente en la capital hemos contabilizado por los Libros de Defunciones un total de 988 fusilados, todos ellos, tras su paso por capilla, sacados al amanecer y ejecutados en la parte exterior del cementerio. Salas Larrazabal nos da un total provincial, sólo para los años 1939 y 1940, de 2.090 (2).

Algunos de los personajes más significados durante los años de guerra, temerosos de la suerte que podrían correr sus vidas, lograron escapar de la represión buscando refugio en la extensa zona montañosa de la provincia. A ellos se fueron agregando muchos evadidos de las repletas cárceles franquistas. Estos huidos, junto a numerosos soldados de las columnas Toral y Cartón del Ejército de Extremadura que se habían echado al monte al producirse la desmovilización del Ejército republicano,

(1) ALTOZANO ORTIZ, Manuel: *La libertad perdida. Pequeña historia contada por un condenado*. Ciudad Real, 1984, págs. 14-15.

(2) SALAS LARRAZABAL, Ramón: *Los datos exactos de la Guerra Civil*. Madrid: Rioduro, 1980.

fueron formando hasta 1944 pequeños grupos o partidas que actuaban con total independencia, sin obedecer a organización política alguna. Se movían más por puro instinto de supervivencia que por un auténtico espíritu guerrillero, de lucha contra el nuevo régimen; y aunque entre sus acciones se puede contabilizar el asesinato de alguna que otra autoridad o partidario significativo del franquismo, sus actuaciones principales consistieron en el robo a casas de campo para proveerse de alimentos, dinero y armas, y en el secuestro de personas adineradas con el objeto de recaudar fondos. Para ello contaban con armamento escaso y deficiente, procedente en su mayor parte de la guerra: viejos fusiles o mosquetones, alguna bomba de mano y, la gran mayoría, sólo con escopetas de caza.

Aunque fueron numerosas las partidas que se formaron en esta etapa inicial de la lucha de guerrillas, pocas adquirieron relevancia.

Sin duda alguna, la más destacada fue la que el conocido como «Manco de Agudo» formó en 1940. Su radio de acción abarcaba un amplio territorio que comprendía principalmente los términos municipales de Valdemanco del Esteras, Puebla de Don Rodrigo, Porzuna, Navas de Estena, Horcajo de los Montes, Navalpino, Saceruela, Retuerta del Bullaque y Agudo, aunque también actuó por las provincias de Cáceres, Toledo y Badajoz.

En agosto de 1940 comenzó su famosa andadura: en el puerto del Chivo asesinan a Pedro Cabanillas, falangista de Agudo, pueblo natal del «Manco». Perseguidos por fuerzas del Ejército, en Valdemanco del Esteras tienen dos muertos. Al poco tiempo, la Guardia Civil logra dar muerte al padre y a la hermana del «Manco», miembros también de la partida, en las cercanías de Puebla de Don Rodrigo. Como represalia, en abril de 1941 asesinan en la carretera de Agudo a Puebla de Don Rodrigo a la pareja de la Benemérita compuesta por Manuel Gutiérrez Abogacía y Pascual Vivas San Clemente. Para eludir la persecución, la partida se interna en la provincia de Badajoz, donde permanecerá hasta 1944.

También en 1940, aunque en tierras toledanas, se formó la partida de «el Comandante», que pronto se haría célebre por la provincia de Ciudad Real. A poco de formarse, la Guardia Civil les produce cinco bajas. Ante el estrecho cerco a que se ven sometidos, los supervivientes vienen a la provincia ciudadrealeña, cometiendo sus acciones principales por los términos de Navalpino, Fontanarejo, Arroba, Chillón, Almadenejos, Guadalmez, Alamiillo y Almadén, aunque en ciertas ocasiones vuelven a sus lugares de origen: Menasalbas y Ventas con Peña Aguilera. Será en esta población toledana donde cometen su golpe más sonado, al asesinar en abril de 1942 a su alcalde.

La partida, huyendo de la persecución consiguiente, se interna nuevamente en la provincia de Ciudad Real. En julio de ese mismo año es localizada en Horcajo de los Montes, donde se le hacen dos muertos. «Comandante» consigue escapar, volviendo inesperadamente al año siguiente para asesinar al alcalde de dicho pueblo.

En la Sierra de Alhambra se refugió desde la terminación de la guerra la partida de los «Chuchas», que actuó principalmente por los términos de La Solana, Membrilla y Alhambra.

Tras pequeños robos, en el verano de 1941 cometen su primera acción de relieve: el incendio de la casa de campo de los Mangarelas, en Alhambra, como venganza por la muerte de uno de sus hombres en ese mismo lugar unos días antes, al ser sorprendido en pleno atraco. A causa de las continuas batidas de la Guardia Civil por la sierra, la partida decide ir a un bombo situado entre Argamasilla de Alba y Tomelloso. A partir de entonces comienza su declive.

En diciembre caen muertos por la Guardia Civil de Membrilla su jefe, Pedro «el Chuchas», y uno de sus hombres, al ser localizados en la consulta del médico. El resto de la partida parte primero hacia Ruidera, y más tarde a los términos de Villahermosa y Villanueva de la Fuente. En la finca Jontes, de este último pueblo, propiedad del conde de Leyva, en enero de 1942, son sorprendidos por la hija de dicho conde cuando estaban robando toda clase de objetos de valor. Tras dejarla gravemente herida, se alejan llevando consigo a la sirvienta, a la que horas después abandonarán. A los pocos días sorprenden cazando a un joven de Tomelloso, al que asesinan para quitarle la escopeta.

En ese mismo año de 1942 la partida es totalmente exterminada. Uno de sus miembros muere en extrañas circunstancias en La Solana. Otro, al ser reconocido por un guarda de Argamasilla. Y los dos últimos morían en diciembre al ser sorprendidos robando en una casa de campo cercana a San Carlos del Valle.

Otra de las partidas más célebres fue la que el extremeño «Chaquetalarga» organizó en 1940. En julio de ese año ocupó momentáneamente el pueblo de Valdemanco del Esteras, en acción de aprovisionamiento. Permaneció largo tiempo por los términos de Puebla de Don Rodrigo, Arroba de los Montes, Fontanarejo, Navalpino y Retuerta. A partir de 1943 su zona de actuación quedó reducida a los términos de Arroba y Retuerta, lugar este último donde en septiembre llevan a cabo un secuestro en Casa Cachero que les reportó la nada despreciable cantidad de 25.000 pesetas.

Otras partidas merodearon por la provincia de Ciudad Real en esos años iniciales del franquismo, aunque no adquirieron tanta relevancia como las ya mencionadas.

Podemos citar entre ellas las de «Lazarete», «Quincoces», «Chato de la Puebla», «Parrilleros», «Capitán Corruco», «Vidrio», «Lastras», «Gabino», «Mera» y «Colorao».

En un principio su represión fue encomendada al Ejército, pasando más tarde la Guardia Civil a asumir la principal responsabilidad. Llevaron a cabo una táctica de persecución directa, consistente en continuas batidas y expediciones en el campo y operaciones de descubierta por las sierras, yendo a la par Guardia Civil, Regulares y la Legión, casi siempre con resultados negativos.

Esta estrategia se intentó corregir pronto con la creación, entre 1940 y 1941, de los célebres destacamentos de la Guardia Civil; es decir, grupos de guardias que se acuartelaban durante varios días en determinados cortijos, con éxito variable en la represión, porque los huidos, por medio de enlaces, conocían el emplazamiento de estos destacamentos. Con todo, algunos que se introducían en tierras poco conocidas, o bien al haberse efectuado un cambio repentino de destacamento, se metieron de lleno en estas ratoneras y se produjeron algunas bajas.

Esto fue lo que sucedió, por ejemplo, con la partida de «Los Parrilleros», cordobeses que fijaron sus campamentos por la Sierra de Fuencaliente. En febrero de 1944 decidieron, ante la escasez de víveres, atracar el cortijo «El Tibio», en La Raña (Fuencaliente), encontrándose con que el citado cortijo se hallaba ocupado por un destacamento de la Guardia Civil.

En 1944 habían sido exterminadas en su totalidad, además de la ya citada de «Los Parrilleros», partidas como las de los «Chuchas», «Rubio de Navahermosa», «Mera», «Gabino», «Jubiles» y «Capitán Corruco», estas tres últimas en tierras cordobesas. Pero quedaban las más importantes. Las autoridades apenas valoraron la importancia que estos grupos de huidos tenían o podrían llegar a tener. Pero pronto se darían cuenta.

Desde finales de 1944, la lucha guerrillera va a dar un vuelco total. Se puede decir que es entonces cuando nace como tal.

Sobrevalorando los éxitos militares que la Agrupación de Guerrilleros Españoles estaba teniendo en territorio francés en su lucha junto a los «maquis» galos contra el invasor alemán, el Partido Comunista de España, ya organizado, pensó en aprovechar las fuerzas de dicha Agrupación para invadir España, lo que acompañado de una insurrección del pueblo —preparada por el PCE— provocaría, según su máximo dirigente, Jesús Monzón, la caída del régimen franquista. Fue así como a partir de junio de 1944 comenzaron a penetrar por los Pirineos pequeños grupos de guerrilleros. El ataque principal se produjo a mediados de octubre: cerca de 4.000 guerrilleros atra-

vesaron la frontera por el Valle de Arán con el objetivo de avanzar hacia el interior de Cataluña. La «invasión» constituyó un rotundo fracaso. Las fuerzas de Seguridad del Estado estaban esperando.

A partir de entonces el PCE cambió de táctica. Comenzó a organizar bajo su disciplina a los grupos o partidas de huidos que venían actuando por el interior del país en un efectivo ejército guerrillero, para luchar abiertamente contra el régimen.

Y así, a partir de los últimos meses de 1944, se fueron formando diversas agrupaciones guerrilleras que solían abarcar un vasto territorio, normalmente con características similares.

Al mando de cada una figuraba un jefe, que era auxiliado en sus labores de dirección por auténtica plana mayor, en la que siempre figuraba un enlace con el partido de Madrid.

Cada agrupación se componía de diversas divisiones, cada una con sus responsables respectivos. Y cada división, a su vez, constaba de varias partidas de guerrillas, estando formadas éstas por un jefe y un número indeterminado de guerrilleros, que solía oscilar entre tres y siete, los cuales eran conocidos por apodos que hacían alusión a alguna característica física o a su lugar de origen.

Las zonas por las que se movían solían tener unos rasgos comunes, como eran el poseer una idiosincrasia totalmente rural, poca densidad de población, escasez de comunicaciones, abundancia de caseríos y casas aisladas y, por último, estar ubicadas sobre varios sistemas montañosos, o en sus estribaciones, con vías de penetración hacia ambas vertientes.

Sus acciones sucedían casi siempre al atardecer, quedándose así toda la noche para marchar lejos del lugar en que habían actuado. El día lo dedicaban a descansar en sus campamentos, que solían cambiar con bastante frecuencia como medida de seguridad.

Las partidas no daban un paso de una comarca o zona de merodeo habitual a otra si previamente no había adquirido la información necesaria. Unas veces les era facilitada por sus enlaces, quienes debían conocer en todo momento la disposición de la Guardia Civil. Otras, se pasaban la información unas a otras o se daban consignas por medio de las estafetas, que eran lugares determinados en donde se dejaban partes o notas.

Los víveres para subsistir los cogían de los golpes de aprovisionamiento que llevaban a cabo en casas de campo y poblaciones, y de los que eran víctimas principales

destacados partidarios del régimen. En otras ocasiones, se los compraban sus enlaces con el dinero recaudado en los secuestros.

La provincia de Ciudad Real, dada las importantes y cuantiosas fuerza guerrilleras que actuaban en su territorio, quedó encuadrada en una sola agrupación: la Segunda; aunque también actuaron partidas de agrupaciones de las provincias limítrofes. Ramón Guerreiro Gómez (a) «Julio», que antes de la guerra había sido secretario general de las Juventudes Comunistas de Córdoba, fue nombrado su máximo responsable.

La Segunda Agrupación contó con tres Divisiones: la 21, la 22, y la 23, al mando de Eusebio Liborio Lombardía (a) «Labija», José Méndez Jaramago (a) «Manco de Agudo» y Honorio Molina Merino (a) «Comandante», respectivamente.

La primera de ellas, la 21, tenía su centro en Puertollano. En 1945 sus partidas, muy activas, cometían diversos atracos en fincas de los términos municipales de Solana del Pino, Brazatortas y Abenójar, principalmente; y un secuestro en la finca «Coronado», de Almodóvar del Campo. Pero sus acciones más importantes las efectuaron en 1946. La primera fue el atraco a la sucursal en Puertollano del Banco Español de Crédito, del que se llevaron 250.000 pesetas. Días más tarde asaltaron el furgón del correo Madrid-Badajoz entre las estaciones de Veredas y Caracollera, apoderándose de 13 cajas con la recaudación de los fondos de Renfe.

A finales de ese año la división sufrió un duro revés. Gracias a una delación, la Guardia Civil logró dar muerte a «Labija» en su escondite madrileño. Para sustituirle al frente de la división se nombró a Francisco Expósito Prieto (a) «Gafas», quien llevó a cabo un incremento de la actividad guerrillera en el Sur de la provincia de Ciudad Real. Para ello contó con cuatro partidas, siendo las de «Trapichea» y «Sevillano hijo» muy populares por Mestanza, San Lorenzo de Calatrava y Solana del Pino.

Las Divisiones 22 y 23, tras pasar una larga temporada sin realizar acciones de relevancia, decidieron fundirse, en julio de 1946, en una potente 23 División, con lo que pronto se empezó a notar su mayor capacidad de acción. La partida, en la que iban el «Manco de Agudo» y «Comandante», jefes de la división, asesinó, en agosto de ese mismo año, en Valle Manzano, de Puebla de Don Rodrigo, a Casimiro Pedraza; en noviembre, en las Viñas de Saceruela, a Francisco Delgado Romero; y, en febrero de 1947, en Malabrigo, del término de Retuerta, a Eugenio García García y a Ricardo González Redondo. En este año, aparte de diversos secuestros en término de Porzuna, asesinaron también al guardia civil Miguel Alonso, del destacamento de Sotos.

Otra partida muy activa de esta división fue la del «Veneno». En la noche del 2 de enero de 1947 volaron la vía férrea Madrid-Badajoz, en las inmediaciones del cemen-

terio de Ciudad Real. Los desperfectos ocasionados fueron importantes. Durante veinticuatro horas la circulación ferroviaria estuvo cortada. El mes siguiente asesinaron a Vicente Melgader, secretario local de Poblete. A mediados de abril secuestraron en Las Hornías de Piedrabuena a Julián Sánchez Palomares y a sus hijos Antonio y Dámaso. A pesar de cobrar el rescate, los tres fueron asesinados. El 28 de mayo llevaron a cabo un nuevo secuestro en el término de Corral de Calatrava, con 27.000 pesetas de botín; y otro, un mes más tarde, en las inmediaciones de Ciudad Real, siendo la víctima vecino de Miguelurra, de quien consiguieron 15.000 pesetas.

Por el término de Villarrubia de los Ojos actuó la partida de «Reccba», cuya acción más resaltable fue el secuestro, en octubre de 1947, del hijo del dueño de la finca «Navaraimundo», percibiendo por su rescate la cantidad de 20.000 pesetas.

Aparte de estas dos divisiones, desde 1947 se contaba también con el Grupo de Valle de Alcudía. Sin mando centralizado, las partidas de este grupo actuaron de manera independiente, como su denominación indica, por el Valle de Alcudía. Las principales fueron las de «Lazarete» y «Lechuga».

Las acciones guerrilleras en la provincia de Ciudad Real, lo hemos podido ver aunque sucintamente, se estaban incrementando considerablemente desde 1946, gracias a una decidida organización. Las autoridades tenían que actuar. Vieron que sólo un hombre con experiencia podía acabar con el que ellos denominaban «problema del bandolerismo» en esta provincia. Por eso, en agosto de 1947 se puso al frente de la 204 Comandancia de la Guardia Civil al teniente coronel Eulogio Limia Pérez, quien venía a «limpiar» de guerrilleros la provincia de Toledo.

Limia imprimió nuevos métodos en la lucha contra la guerrilla. Ahora sería ya una lucha total, en todos los terrenos. La persecución directa, táctica llevada hasta entonces, se vería reforzada con la persecución indirecta, consistente en no salir en busca del guerrillero, sino esperarlo. No atacarlo a él directamente, sino a sus enlaces y a sus puntos de apoyo, poniendo en funcionamiento, además, una inteligente captación de delatores o «chivatos», reclutados, de manera más o menos coactiva, entre los propios enlaces y personas de izquierdas.

De la búsqueda de enlaces y encubridores se encargaron las contrapartidas, falsas partidas de guerrilleros compuestas por siete u ocho guardias civiles al mando de un cabo o suboficial, acompañadas por algún paisano conocedor del terreno, siendo éstos paulatinamente sustituidos por guerrilleros detenidos o presentados. Vestidos como los guerrilleros, no les era difícil engañar a los enlaces, más inocentes, por lo que pronto llegaron a convertirse en un auténtico azote para las guerrillas.

En cuanto a la persecución directa, fue llevada a cabo de diversas maneras. La básica era la que realizaban los guardias civiles de cada puesto. Los puestos de la zona afectada por la guerrilla estaban distribuidos del siguiente modo:

- Primera Compañía: Corral de Calatrava, Los Pozuelos de Calatrava y Abenójar.
- Segunda Compañía: Villanueva de San Carlos, Mestanza, Solana del Pino, El Hoyo, Fuencaliente y La Garganta.
- Tercera Compañía: San Lorenzo de Calatrava, Viso del Marqués y Venta de Cárdenas.
- Quinta Compañía: Piedrabuena, Luciana, Navalpino, Arroba de los Montes, Horcajo de los Montes, Anchuras, Alcoba de los Montes, Porzuna, Los Cortijos, Retuerta del Bullaque y Navas de Estena.
- Sexta: San Benito, Alamillo, Guadalmez, Chillón, Puebla de Don Rodrigo, Sacereuela y Agudo.

Persecución directa más sofisticada fue la realizada por las contrapartidas y los Grupos Móviles. Aparte de las labores de información, las contrapartidas tenían también como misión la de perseguir y atacar a las partidas a base de emboscadas y ataques nocturnos y por sorpresa en punto de paso o en sus campamentos.

Los Grupos Móviles fueron establecidos en 1948, creándose cuatro en la demarcación de la Segunda Compañía, compuestos de un sargento, dos cabos y 13 guardias, con bases en Riofrio, Coquiles, Casa Forestal de Ventillas y en Venta la Inés, los dos primeros mandados por un teniente con residencia en la estación de Fuencaliente. En la demarcación de la Tercera Compañía se creaban dos, con el mismo número de fuerzas que los anteriores, uno de los cuales tenía su base en la Venta del Robledo y el otro en la demarcación del Puerto de San Lorenzo. Ambos grupos eran mandados por un teniente con residencia en Viso del Marqués. De igual forma se constituyeron otros dos grupos móviles al mando de oficial, uno situado en el Gargantón dentro de la Quinta Compañía y otro en demarcación de la Séptima, con residencia del teniente en Porzuna.

Estos grupos móviles, establecidos allí donde la presencia de guerrilleros era mayor, tenía como misiones principales la vigilancia y observación de los montes y de los chozos y casas de campo sospechosos de paso de partidas, así como llevar a cabo asaltos a cortijos o campamentos cuando los confidentes o las contrapartidas les hubieran dado noticia de la estancia en ellos de guerrilleros. Por otra orden que complementaba a la de creación de los grupos móviles, se fijaban los objetivos y organización de su unidad básica: la patrulla. «De ordinario —decía la citada orden—

cada Grupo Móvil establecido en una misma base, mantendrá constantemente en servicio una clase y seis o siete individuos a quienes se marcará misión e itinerario a recorrer durante los días que permanezcan fuera de la base que serán de seis a ocho o más si la distancia o las necesidades del servicio lo aconsejan. Al regreso de una patrulla, saldrá otra con análogos cometidos y así sucesivamente. En caso de atraco, presencia de bandoleros en la demarcación o servicios importantes saldrá todo un grupo, quedando en la base solamente una pareja» (3).

En esta estrecha persecución de la guerrilla, el teniente coronel Eulogio Limia no permitía ningún tipo de dejación. Una orden de 4 de marzo de 1948 disolvía tajantemente las seis contrapartidas que venían actuando en la Comandancia de Ciudad Real, por haber observado que sus jefes, los cabos Juan Pineda Almala, Antonio Marín Castillo, Jesús Ortiz López, José Robles Robles, Eladio García Vera López y Dámaso Cobos Gamero, «carecen del espíritu, entusiasmo y sacrificio que son necesarios para el difícil cumplimiento de la misión que se les había confiado, por lo cual los grupos de fuerzas a sus órdenes no dan el rendimiento que cabía esperar» (4), según decía textualmente la citada orden.

Otra orden posterior, de 6 de abril de 1949, disponía el cese de los servicios de observación, salvo los de las contrapartidas, en gran parte, según refería la orden, «por falta de celo y espíritu de sacrificio en la tropa que los ejecuta, siendo en la mayoría de los casos vista por los bandoleros que inmediatamente después cometen impunemente los atracos, a veces a distancias muy pequeñas del lugar del observatorio o apostadero» (5).

La Guardia Civil fue la que cargó con todo el peso en la represión de la guerrilla, aunque en algunas ocasiones estuvo auxiliada por otras fuerzas, como los somatenistas, es decir, civiles voluntarios —normalmente falangistas— dotados de armamento, y por los regulares. Estos, al salir los guardias de sus puestos en servicio de observación y emboscada, se dedicaron a la vigilancia de las poblaciones. En muchos casos no debieron cumplir con celo su misión. Una orden del teniente coronel Limia, fechada en enero de 1948, y dirigida al comandante jefe del Cuatro Tabor de Regulares de Ceuta, con guarnición accidental en Puertollano, le pedía, al objeto de acabar con los excesos que sus hombres cometían en las poblaciones objeto de su «vigilancia», diera las órdenes oportunas a sus fuerzas para que en lo sucesivo dicha vigilan-

(3) Archivo Histórico del Partido Comunista de España. Sección de Guerrillas, carpeta n.º 1.

(4) *Ibidem*.

(5) *Ibidem*.

cia se ciñera única y exclusivamente a los extramuros o zona exterior de las poblaciones, no penetrando en el interior de las mismas más que en casos de urgente necesidad.

La eficaz represión de la Guardia Civil con los métodos y tácticas del teniente coronel Eulogio Limia, unido a las órdenes que en 1948 cursó Stalin al Partido Comunista de España —que, recordemos, era el auténtico motor de la lucha guerrillera— para que se fuera abandonando la lucha armada en favor de una lucha política desde dentro de las instituciones del régimen, y concretamente en el seno de los sindicatos oficiales, trajo como consecuencia que en tan ni siquiera dos años (agosto de 1947-abril de 1949), se acabara con la guerrilla en una provincia como Ciudad Real, donde ésta había adquirido una fuerza como en pocas provincias españolas.

Fechas claves en la represión fueron mayo/junio de 1948 y marzo de 1949. En la primera la Segunda Agrupación perdió a sus responsables principales. «Julio», jefe político, cayó muerto el 11 de mayo en la Huerta del Buñuelo, del término de Piedrabuena. El resto de la plana mayor sería exterminada días después, al conocer el teniente coronel Limia, según él mismo escribió en el parte oficial de la operación, «que en la casa conocida de "Las Nenas", próxima a la capital, era punto de encuentro de los bandoleros, tras una delicada y habilidosa labor de información practicada en la misma, se localizó otra donde se hallaban ocultos dos bandoleros, procediéndose a su cerco el 26 de mayo, logrando la detención de los destacados forajidos "Antonio" y "René", dirigentes de agrupaciones guerrilleras. Continuada la labor informativa se localizó y capturó al bandolero apodado "Zucón", ocupándosele una multicopista y toda la propaganda de la Segunda Agrupación Guerrillera, logrando también, en la denominada casa del "Pescador", de la sierra de Malagón, establecer contacto con dos bandoleros, que refugiados en ella, se defendieron tenazmente, hasta asaltada por las fuerzas, se logró la detención de "el Palomo", jefe militar de los bandoleros de la provincia, y de su ayudante "Palmero", como asimismo de tres cómplices de ellos» (6).

Ya sin mandos, y muy cercadas por la Guardia Civil, las partidas de la agrupación fueron cayendo una tras otra. En marzo de 1949 una contrapartida logró acabar con la más célebre de la provincia: la del «Manco de Agudo», que, aunque muy mermada ya de efectivos, tenía a los dos guerrilleros más populares de la zona: el «Manco» y

(6) LIMIA PEREZ, Eulogio: «Relación de los servicios más destacados de bandolerismo realizados por la fuerza del cuerpo». Madrid, 23 de julio de 1957, en *Archivo Histórico del PCE*. Sección de Guerrillas, carpeta n.º 1, págs. 53-54.

«Comandante». Sucedió en la Sierra del Carrizal, de Retuerta del Bullaque, la noche del día 12.

El parte oficial de la acción decía: «El comandante jefe del sector de Navahermosa, descubrió que una choza de carboneros situada en la Sierra Carrizal del término de Retuerta, servía frecuentemente a la partida de bandoleros capitaneada por el "Manco de Agudo", como lugar de refugio y descanso, por lo cual dispuso, que en las inmediaciones de la misma se montase un servicio permanente de apostadero a cargo de un grupo de seis guardias mandados por un cabo que permanecieron en dicha vigilancia desde el 26 de febrero al 12 de marzo. Sobre las 1,30 del indicado día, los tres guardias que prestaban el servicio de vigilancia en el chozo, vieron dirigirse al mismo al bandolero apodado el "Comandante", el que alumbrándose con una linterna reconoció el interior del mismo y al observar que sólo se encontraba dentro el carbonero que le servía de enlace, despojándose seguidamente del equipo penetró en aquél con el armamento, haciendo antes un ruido con la boca para que le siguieran los otros dos compañeros, como así lo hicieron, entrando sucesivamente en el chozo. Una vez saludados por el carbonero, éste les indicó la necesidad de avivar el fuego para calentarse, saliendo al exterior con el pretexto de buscar leña, momento que aprovechó éste para irrumpir en el chozo atacando a los tres bandoleros que en el primer momento cayeron sobre la lumbre, sin duda heridos, haciendo, no obstante, algunos disparos sobre la fuerza saliendo al exterior arrastrándose, siendo atacados con más ráfagas de subfusil que les ocasionaron la muerte, quedando los tres cadáveres fuera del chozo con las ropas incendiadas, resultando un guardia del grupo herido de un balazo en el pecho de carácter grave. Los bandoleros muertos resultaron ser el "Manco de Agudo", el "Comandante" y la "Parrala"» (7). Hasta aquí la versión oficial.

Pero contamos con un testimonio aún más valioso para la reconstrucción de los hechos. Se trata de las palabras de uno de los miembros de la contrapartida, que desea permanecer en el anonimato, entrevistado en marzo de 1987. Según nuestro relator, ya con anterioridad la contrapartida había descubierto un chozo en la Sierra del Carrizal habitado por dos carboneros, uno de ellos con mujer e hijo. Les parecía sospechoso, por el sitio donde estaba, en plena sierra. Un día se presentó la contrapartida diciendo que eran guerrilleros, que querían unirse a una partida. Los carboneros, inocentes enlaces, lo creyeron, dando toda clase de información sobre la partida del «Manco». Al presentarse los guardias como tales, no quedó más opción a los enlaces que colaborar con ellos.

(7) *Ibidem*, pág. 63.

Mientras tres guardias permanecían en la base del destacamento, en el Soto de las Salcedas (Retuerta), los otros tres estuvieron desde finales de febrero en la choza esperando que entrase la partida. Durante el día descansaban en el interior, y por la noche vigilaban desde el exterior.

Refiriéndose ya a la noche de los hechos, nuestro entrevistado nos dice: «Nevando estaba. Nosotros estábamos allí, de apostadero, enfrente de la choza. La noche no estaba muy oscura. No nevaba mucho. Oíamos rodar piedras, pero claro, no te podía extrañar eso porque por allí pasaban todo tipo de animales; pero en fin, cuando oías un ruido, por si era o no era, ya fijabas más la atención. Se vio la silueta de un tío alto. Lo vimos estupendamente. Era el "Comandante". Entró en el chozo. Llegó al muchacho:

—¿Qué hay?

—Hombre, pasa —le contestó el carbonero—. ¿Es que no viene el "Manco"?

—Sí, ahora viene.

—¿Qué tal noche hace? —dijo el muchacho.

—Nevando está —le contestó "Comandante"—. Hace una noche mala.

Se salió del chozo. Hizo una contraseña. Silbó, pero poco. Una vez nada más, y se metió. Vino otro y se metió. Luego ya salió no el primero, sino el segundo, porque se veía que era más bajo. Volvió a silbar. Al rato vino el "Manco". Preguntó al carbonero (sólo había uno porque el otro había ido con su familia al médico de Ventas con Peña Aguilera):

—¿Y la Guardia Civil, hace mucho que no está por aquí?

—Sí, el otro día estuvieron por abajo, por el valle, pero aquí no se acercaron.

Ya en el chozo los tres bandoleros y su enlace, nosotros oíamos toda la conversación. Eran las dos de la mañana. En el silencio de la noche oímos hasta cómo liarón un cigarro.

El carbonero ya estaba aleccionado. Debía salir del chozo con cualquier excusa. Pero no le dejaban salir.

—Sí, hombre, si venís mojados y la ropa la traéis chorreando —les dijo—. Voy a salir y a echar una poca lumbre. Si aquí no vienen los guardias.

Con esta excusa salió, momento que aprovechó para venirse en dirección a nosotros, y entonces fue cuando aprovechamos para hacer fuego sobre ellos».

Desde ese momento podemos decir que la guerrilla antifranquista de la provincia de Ciudad Real «había pasado a la historia». Basándonos en informes de la

propia Guardia Civil (8), de los 53 guerrilleros que componían la Segunda Agrupación en agosto de 1947, en abril de 1949 no quedaba ninguno: 24 fueron muertos, 13 capturados, cinco se presentaron a las autoridades y fuerzas militares y 11 lograron huir a Francia. De los capturados, la gran mayoría serían condenados a muerte en consejos de guerra sumarísimos.

Durante el mismo período, los enlaces y «encubridores» detenidos ascendieron a 327. De algunos de ellos no se volvería a saber nunca más. Eran víctimas de la conocida como «Ley de Fugas». Según informaciones facilitadas por el órgano del Partido Comunista de España *Mundo Obrero*, desde agosto de 1947 hasta agosto de 1948 «desaparecieron» por ese medio siete personas.

La Guardia Civil, en ese mismo período, y según fuentes propias, sólo tuvo una víctima: el sargento Ruano Pascual, jefe de una contrapartida que murió en el asalto a un campamento situado en Sierra de las Hocas, del término de Viso del Márques, en septiembre de 1947.

El teniente coronel Eulogio Limia Pérez, cumplida su misión, fue destinado a la Comandancia de Granada, donde la guerrilla todavía tenía gran fuerza.

La lucha de guerrillas desarrollada en gran parte del territorio español como consecuencia de la Guerra Civil iniciada en 1936, no era ni mucho menos un fenómeno nuevo. Había sido un recurso utilizado en muchos países durante guerras de invasión o después de guerras civiles. España, sin ir más lejos, contaba con un antecedente glorioso: la guerrilla que durante la Guerra de la Independencia combatió con éxito a los aguerridos ejércitos napoleónicos.

La guerrilla antifranquista, aún debiendo algo de su existencia a los ejemplos que la precedieron, no puede entenderse si la aislamos del contexto internacional en que se gestó y desarrolló.

Durante los años treinta, el mundo vivió inmerso en una profunda crisis económica, política y social. La depresión económica manifestada abiertamente a partir del

(8) Destacan, entre otros, los informes del teniente coronel Eulogio Limia Pérez, siguientes:

— «Resumen de los servicios de bandolerismo realizados en esta provincia desde el 19 de agosto de 1947 a 12 de abril de 1949, que quedó liquidado el problema». Ciudad Real, 13 de octubre de 1949.

— «Reseña general del problema de bandolerismo en España después de la Guerra de Liberación». Madrid, 23 de julio de 1957.

En *Archivo Histórico del PCE* Sección de Guerrillas, carpeta n.º 1.

crack bursátil de 1929 trajo como consecuencia política inmediata la formación de gobiernos autoritarios, de concentración o de «salvación nacional», y como consecuencia social, el desempleo masivo. Sobre esta situación real inquietante vino a incidir una situación emocional caracterizada por la pugna ideológica entre fascismo y democracia, pugna que no era una pura creación imaginativa, sino que tomaba forma y cuerpo en hechos concretos.

A España la depresión económica llegó con cierto retraso, pero a la altura de 1936 era ya una trágica realidad. En ese mismo año, y en contra de lo acaecido en otros países que se refugiaron en gobiernos de autoridad para salir de la crisis, las elecciones celebradas en febrero dieron el triunfo al Frente Popular. Unos meses después, sin embargo, la victoria conseguida en las urnas sería sesgada por las armas. Así considerada, la guerra española, producto típico de los agitados años treinta, no fue más que el preludio de la Segunda Guerra Mundial, en la que el enfrentamiento fascismo-democracia salió a flote y envolvió a casi todo el mundo pocos meses después de finalizar oficialmente la contienda española.

Y es en la conflagración mundial en la que encontramos la verdadera raíz de la guerrilla antifranquista: el maquis francés, que no dejó de hostigar al Ejército invasor alemán mientras ocupó parte de su territorio nacional. Incluso el término maquis llegó popularmente a suplantar en nuestro país al de guerrillero, de origen español y que había sido exportado orgullosamente a todo el mundo durante el siglo anterior.

A finales de 1944, al haber constituido un rotundo fracaso la invasión guerrillera dirigida desde Francia, el Partido Comunista de España decidió organizar un auténtico ejército guerrillero en territorio hispano con el fin de luchar contra el régimen franquista al estilo del maquis. Había que llamar la atención internacional en un momento en que la victoria aliada en la guerra mundial parecía clara.

Comenzó a encuadrar bajo su influencia a todas las partidas de huidos que vagaban por los montes españoles desde 1939. A principios de 1945 el ejército guerrillero se ponía en marcha, lo que suponía el verdadero nacimiento de la guerrilla antifranquista como tal. Lo que había habido hasta entonces se semejava más al bandolerismo típico del siglo XIX que a la moderna guerrilla del XX.

La derrota de la Alemania nazi y sus subordinados y aliados en la Segunda Guerra Mundial, no trajo como consecuencia la caída del régimen franquista, como el Partido Comunista esperaba por las simpatías mostradas por él hacia las potencias del Eje. Las esperanzas de la guerrilla se diluyeron, pero decidieron continuar la lucha.

Pocos años después, concretamente en 1948, se daba desde Moscú la orden de disolución de la guerrilla española. La situación de calma internacional, junto al

escaso apoyo conseguido entre la población, que vivió ajena a los acontecimientos en su mayor parte, fueron motivos suficientes para que el Partido Comunista decidiera cambiar su estrategia de lucha contra el régimen. A ellos había que sumar una realidad incuestionable: a esas alturas la guerrilla estaba prácticamente aniquilada en muchas zonas del país, como, por ejemplo, en la provincia de Ciudad Real. En algunos puntos logró mantenerse hasta la década de los años cincuenta, pero prácticamente a la defensiva, en plena desbandada general.

Muchas gracias.